

LA TRAYECTORIA CRÍTICA DE RAÚL SILVA CASTRO¹

THE PATH OF RAÚL SILVA CASTRO'S LITERARY CRITICISM

Alejandro Valenzuela Aldridge
Universidad Adolfo Ibáñez
avalenzuela.a@uai.cl

Christian Anwandter Donoso
Universidad Adolfo Ibáñez
christian.anwandter@uai.cl

RESUMEN

El presente artículo representa un esfuerzo por situar tanto la figura como la obra crítica de Raúl Silva Castro dentro de la historia cultural, social y política del Chile del siglo XX. Para ello, comenzamos realizando una lectura minuciosa de los textos que el crítico publicó durante la década del veinte en la revista *Claridad*, para luego pasar a revisar ciertos hitos dentro de su obra posterior que dan cuenta de un giro explícito hacia el pensamiento conservador chileno. En último término, creemos que el concepto clave para entender el funcionamiento del discurso y el programa crítico de Silva Castro es el de “modernización conservadora”.

PALABRAS CLAVE: Raúl Silva Castro, Modernización Conservadora, Clase Media, Crítica Literaria.

¹ Este artículo forma parte del proyecto FONDECYT de iniciación “Historiografía literaria, canon y cultura impresa en la sección de literatura de la Enciclopedia Chilena (1948-1971)”, N° 11200451. El investigador responsable del proyecto es el Dr. Christian Anwandter Donoso. El Dr. Alejandro Valenzuela Aldridge se desempeña en él como personal técnico.

ABSTRACT

This article tries to understand the place of Raúl Silva Castro's literary criticism in Chile's cultural, social, and political history during the 20th century. To achieve this goal, we begin by reading in detail the articles he published in the 1920s in the magazine *Claridad*, in order to move forward in his oeuvre in search of traces that may demonstrate his increasing commitment to Chile's conservative thinking. Ultimately we believe that the concept of "conservative modernization" is key for understanding Silva Castro's discourse and agenda as a critic.

KEY WORDS: *Raúl Silva Castro, Conservative Modernization, Middle Class, Literary Criticism.*

Recibido: 16 de junio de 2022.

Aceptado: 3 de octubre de 2022.

LOS AÑOS DE *CLARIDAD*

Durante la primera etapa de la revista *Claridad*, comprendida entre su fundación el año veinte y su suspensión en 1926 bajo la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, Raúl Silva Castro publicó a título personal cuarenta y cinco artículos críticos². El primero de estos artículos, "De la profesión intelectual", apareció el 1 de octubre de 1921 en el número 36 de la revista, mientras que el último de ellos, "Poetas y bufones", fue publicado en el número 132, de julio de 1926. Tanto su participación formal en la plataforma intelectual de *Claridad* como este primer grupo de trabajos fueron determinantes para la instalación de Silva Castro como crítico literario dentro del campo cultural chileno de la época. Con singular lucidez —imaginemos a un hombre de diecinueve o veinte años—, Silva Castro tuvo muy temprano conciencia de que su estreno como crítico habría de fijar el marco dentro del cual desempeñaría su labor futura y, junto con ello, de que el correcto ejercicio de esa labor dependía, a su vez, de una modificación de las condiciones bajo las cuales se ejercía esta práctica intelectual en Chile. Como veremos a lo largo de artículo, sus intervenciones prueban que este interés por la metacrítica es central para comprender el sentido de su empresa crítica.

En principio, creemos que una primera dimensión sobre la que valdría la pena llamar la atención es la opción polémica o abiertamente impugnadora por la que apostó el joven crítico al momento de ingresar al mundo literario, promoviendo una política de abierta confrontación y rivalidad con quienes, como críticos, sostenían posiciones

² Subrayamos la idea de que estos artículos fueron publicados a título personal porque Silva Castro también apareció varias veces en las páginas de *Claridad* desempeñando funciones institucionales asociadas a su labor como Secretario de la Federación de Estudiantes de Chile. Hemos excluido estas intervenciones de los cuarenta y cinco textos arriba apuntados.

de prestigio dentro del campo cultural. Como muestra de este espíritu combativo, considérese el siguiente pasaje de “Crítica y críticos chilenos”, artículo publicado en el número 68 de *Claridad*, del 9 de septiembre de 1922:

...por dejarlo todo a la improvisación, apenas tenemos indicios de lo que nos falta: una severa y eficaz crítica literaria. No habríamos querido citar nombres, pero no podemos hacer otra cosa: Armando Donoso no es un crítico... ni nada; es un catálogo mal llevado. Omer Emeth tuvo sensibilidad hasta hace algo más de cincuenta años a la fecha. Pedro Nolasco Cruz es un notario. Eliodoro Astorquiza fluctuó durante largo tiempo frente a dos senderos, y escogió — según desgraciadamente se ha visto— el que le ha de llevar a la locura y a la degradación. Hernán Díaz Arrieta es un hombre digno, pero limitado. Menos Francia y más humanidad piden los días actuales; y más humanidad que en Francia hay en España y en Rusia, sobre todo en Rusia (7).

Estas líneas no sólo prueban —de paso— el entusiasmo que la Rusia post revolucionaria produjo en Silva Castro, así como su adhesión general a los esfuerzos de redistribución del poder que estaban en curso en aquellos años en los diferentes planos de la vida política y social en el país y en el mundo entero³, sino que además revelan la actitud vanguardista, el espíritu de *tabula rasa* que por entonces parecía animar al joven crítico. En opinión de éste, ninguno de los nombres más relevantes de la escena crítica chilena podía ser medido exitosamente con la vara de calidad que él traía consigo. En una cruzada que lo acompañaría a lo largo de toda su vida, lo que Silva Castro introdujo o quiso introducir en el campo literario de la época fue una

³ Si atendemos específicamente a esta redistribución del poder al interior del espacio de la universidad, no podemos dejar de mencionar la ardiente defensa de Silva Castro de la reforma universitaria. Por ejemplo, en “Los dos conceptos de universidad”, publicado en el número 57 de *Claridad*, del 24 de junio de 1922, señala que “[e]n su esencia, el movimiento de la reforma universitaria implica toda una democratización de la cultura, o mejor una socialización de los instrumentos para adquirirla. La Universidad nueva, reformada, es una cosa viva, plástica, flexible; ha dejado de ser a fría máquina encargada de fabricar profesionales y la oficina de despacho de los títulos anhelados...” (3). Con una retórica algo más encendida, agrega también en el mismo artículo: “La Universidad, sin metáfora, se independiza como en otro tiempo se independizaron los pueblos americanos de la opresora tutela hispana. La Universidad se proclama libre intelectualmente...” (3). En “Libertarios y católicos”, texto que Silva Castro publica poco después, en el número 59, del 8 de julio de ese año, a propósito de la posibilidad de hacer causa común con los católicos que argumentan a favor de la libertad de cátedra, indica lo siguiente: “Los libertarios, que no pueden propiciar ninguna forma de sujeción, que no podrán aceptar el establecimiento de ningún dogmatismo —religioso, político o moral— no deberán tampoco pactar ni medianamente una coalición absurda, imposible” (6).

exigencia de profesionalización que estuvo representada por las banderas del rigor, el trabajo y el énfasis metodológico. Se trataba para él de modernizar un quehacer que hasta entonces había estado regido principalmente por la espontaneidad y una dramática falta de seriedad y sistematicidad.

Poco después de esta polémica intervención, Silva Castro decidió insistir en el número 74 del mes de octubre con un segundo ataque frontal contra la crítica literaria chilena, pero esta vez centrándose específicamente en la figura de Armando Donoso, quien recientemente había dictado en el Salón de Honor de la Universidad de Chile una conferencia sobre la obra de Dostoievski. “¿Puede esperarse que una criatura netamente intelectual, exclusivamente literaria, nos lleve a una plena apreciación dos-toyevskiana?” (“Anotaciones a la Conferencia...” 8), se pregunta Silva Castro. “[D]e aquel hombre grande, áspero, rudo y bestial, la gran mayoría de las personas que asistieron a la conferencia que nos ocupa han quedado con la idea de que es uno de los tantos escritores domésticos y familiares que pueblan con sus engendros lamentables todas las literaturas” (“Anotaciones a la Conferencia...” 8). La conclusión de Silva Castro es rotunda: por su pertenencia exclusiva al mundo de las letras, Donoso es incapaz de apresar o de dar cuenta de la radicalidad del novelista ruso. Dada su colosal estatura, la figura de Dostoievski nunca podría caber en los moldes en que este crítico de gabinete, “semi erudito de disciplinas intelectuales” (8), pretendía encerrarlo. De acuerdo a Silva Castro, la labor del crítico no puede consistir en la domesticación del espíritu por parte de la letra:

...cada crítico, para ser tal, para poder aspirar a un recuerdo de las generaciones que latén en el seno de la vida infinita, debe poner en la obra que suscita su dedicación y su palabra, todo su espíritu, encendido por una interpretación libre y original acerca de ella. Para tener opiniones acomodaticias sobre las cosas espirituales bastan los catálogos y los índices bibliográficos, cuya utilidad aparece mayor cuando se considera que se les confecciona cuidando extremadamente del orden —graduación, cronología, etc.— de las materias sobre que versan (“Anotaciones a la Conferencia...” 8).

Como puede verse, los estudios de orientación bibliográfica —en los que él mismo, irónicamente, después sobresaldría— son, para el Silva Castro de este momento, el equivalente metodológico de un conservadurismo incapaz de lidiar con la radicalidad de los hechos estéticos de mayor relieve para el presente. Ordenar es domesticar, neutralizar, dominar. Es encerrarse dentro de un mundo de signos que, en palabras de Ángel Rama, siempre ha sido funcional a la conservación de la estructura de poder vigente (45). Metodológicamente, su opuesto sería esa comunicación encendida entre el crítico y el libro, un modo de relación por principio abierto a las energías de renovación que bullen en éste. Sintetizando, esta era la imagen de Silva Castro que proyectaban las páginas de *Claridad* en octubre del año veintidós: la de

un joven crítico comprometido política y estéticamente con las fuerzas de avanzada de su tiempo, con un proyecto revolucionario que tenía por finalidad modificar por completo a la sociedad de la época.

Pero esta imagen no pasaría su primera prueba de fuego: la publicación de *Los gemidos* de Pablo de Rokha y el encarnizado debate crítico que estalló en torno a él en *Claridad* se encargaron de echarla por tierra. Apareció en el campo literario chileno otro “hombre grande, áspero, rudo y bestial”, pero esta vez Silva Castro quedó del lado en que Donoso había quedado en su aproximación a la obra de Dostoievski. Por la radicalidad de su propuesta estética, el libro de De Rokha operó en la práctica como un verdadero partaguas para la crítica literaria chilena de la época; al confrontarse con *Los gemidos*, cada crítico se vio obligado a poner a prueba sus postulados estéticos (y, como veremos, también políticos), a testear los límites de su propia posición crítica. Hubo quienes salieron airoso de tal desafío, logrando ratificar así su compromiso con la apuesta revolucionaria que definía al grupo de *Claridad*, y hubo quienes se vieron obligados a retroceder y a admitir, si no una derrota, sí al menos la existencia de una distancia que parecía insalvable. Contra lo que él mismo probablemente hubiera esperado, Silva Castro acabó inscribiéndose en este último bando: aún dentro de *Claridad* —hasta el año 26—, pero simbólicamente ya fuera de ella.

En las páginas de *Claridad*, el primer golpe vino de parte del propio Pablo de Rokha. En el número 78, del 18 de noviembre del 1922, apareció un artículo titulado “*Los gemidos* y Hernán Díaz Arrieta (‘Alone’)”, donde el poeta responde abiertamente a la negativa recepción que Alone había hecho de su libro, recientemente publicada en su “Crónica literaria” del diario *La Nación*. Como podía esperarse, la réplica de De Rokha es frontal, *ad hominem*, componiéndose de una mezcla de insultos y argumentos estéticos de diversa índole⁴. De momento, lo que nos interesa destacar es que el contraataque de De Rokha gira medularmente en torno al estatuto de la letra, es decir, en torno a aquella tensión entre la forma y la vida que ya habíamos visto presente en el caso de la polémica entre Silva Castro y Armando Donoso. “*Los gemidos* —escribe el poeta— no son correctos ni incorrectos, morales ni inmorales; no son retóricos porque la vida no es retórica; ni gramaticales, ni en verso, porque la vida, afortunadamente,

⁴ La polémica De Rokha-Alone es de sobra conocida, pero quizá sea útil en este contexto recordar las primeras líneas del artículo para así volver a instalar en el oído del lector el virulento tono de la disputa: “Hay en la sucursal de la botica literaria francesa en América, un frasquito pequeño, rosado y oloroso. Este frasquito, este dulce frasquito, a pesar de lo que pudiera creerse, no está lleno con nada; apenas si, tras la etiqueta que dice “Alone”, se ve un poquito de humo y un poquito de aire [...] en Chile, este frasquito, este dulce frasquito desocupado, es el sacristán más frondoso de la crítica profesional” (“*Los gemidos* y Hernán Díaz Arrieta (‘Alone’)” 2).

no es gramatical ni es un soneto, ni una endecha, ni una creación convencional de cualquier crítico lamentable...” (2). Frente a la potencia de la vida, apostar por la defensa de la letra era leído en el contexto de los años veinte como una declaración de conservadurismo estético y político. Toda defensa corporativa de la ciudad letrada era interpretada como un gesto reaccionario, una confabulación contra el explosivo curso ascendente de la nueva vida.

Una semana después, en el número 79 del 25 de noviembre, el joven Silva Castro decide entrar al ruedo. Apoyándose en Goethe, también él rechaza el libro de De Rokha, censurando su absoluta falta de criterio estético a la hora de seleccionar aquellos elementos de la realidad que merecen ingresar a una obra de arte. “Pablo de Rokha —escribe—, en efecto, ha almacenado en su libro todos los desperdicios del arte, todas las cosas que por inútiles, feas, in o antiestéticas, desagradables, torpes e infames, todas las porquerías en fin, que no han querido usar los escritores hasta el presente” (“Anotaciones a ‘Los gemidos’ de Pablo de Rokha” 4). En opinión de Silva Castro, si De Rokha realmente quiere ser, como él mismo dice, un ‘pueblo hecho poeta’, tendrá que partir por aprender que el arte no puede descender hasta la multitud o simplemente ponerse a su nivel, pues su verdadera función consiste en entregar un producto de belleza que permita que esa “multitud obscura y anónima [...] eleve su espíritu y amamante su alma” (4). El arte no es la vida, y en esa diferencia se funda precisamente la razón de ser del arte. Así concluye el artículo de Silva Castro:

[S]u libro, si fuese a formar escuela o época, si determinase un movimiento de renovación literaria, *sería una avanzada de amenaza para el arte escrito*: inauguraría el predominio de una ola de inmundicia que no puede ser, en último término, sino la negación misma de la belleza que el arte tiene por misión representar y exaltar. —Al fin de cuentas, ¿qué es el libro de Pablo de Rokha, cómo se le puede clasificar? Excútese la ruda sobriedad de los términos: es un libro mal escrito, pésimamente escrito, y con una pretensión abortada de trascendentalismo (4, énfasis nuestro).

La fórmula que destacamos en itálica —*sería una avanzada de amenaza...*— es por sí sola suficientemente elocuente. No parece exagerado argumentar que en esa línea Silva Castro está rompiendo, consciente o inconscientemente, con todo el proyecto que sostiene a la generación de *Claridad*. Como ha demostrado Julio Prieto⁵,

⁵ En *La escritura errante*, Prieto estudia “la ilegibilidad y las políticas del estilo” en autores latinoamericanos que han practicado abiertamente algún tipo de “mala escritura” (Arlt, Arguedas, Vallejo, Perlongher, etc.). De acuerdo a Prieto, “[e]n la trayectoria histórica que delinear las prácticas de lo ilegible aquí examinadas se esboza un vector de disipación de los discursos de lo nacional, así como una deriva hacia imaginarios revolucionarios transnacio-

la “mala escritura” de De Rokha no es sólo una forma de concebir la literatura; es además, y quizá sobre todo, una *política* de la literatura. Entre el campo literario y el campo político y social existe una homología estructural: esa “ola de inmundicia” que amenaza a la letra es exactamente equivalente al mundo de las clases medias o al mundo obrero y su desafío al ordenamiento tradicional de la sociedad y su estructura de poder. Con su lengua poética rota, quejumbrosa, aullante, Pablo de Rokha venía a desafiar abiertamente lo que Silva Castro entendía por un “buen” discurso literario acerca de la nación. Empieza así —creemos— el desajuste de Silva Castro y su viraje más explícito hacia el pensamiento conservador⁶.

Que la intervención de Silva Castro en este debate fue decisiva para alterar su imagen dentro de la revista es algo que prueban los textos que aparecerían en los próximos números, firmados por otros críticos que habitualmente publicaban en *Claridad*. En los números 81 y 82, del 9 y el 16 de diciembre de 1922, Martín Bunster publica respectivamente los artículos “Formas” y “Algo más sobre Pablo de Rokha”, dos piezas críticas algo insustanciales en relación a la lectura de *Los gemidos*, pero valiosas para la presente investigación porque establecen —desde sus epígrafes— una relación irónica con la figura de Silva Castro. “¿Nietzsche?... Mi autor favorito es Silva Castro!...” (7), se lee por ejemplo en el epígrafe de “Formas”, una frase supuestamente atribuida a Rojas Jiménez, uno de los directores y colaboradores de la revista, posiblemente sugiriendo la existencia de una tendencia reaccionaria dentro de *Claridad* representada por Silva Castro. La oposición propuesta por Bunster entre el joven crítico y Nietzsche era además particularmente significativa si se toma en cuenta el ímpetu modernizador que definía a la revista, pues el nombre de este último se había convertido en un signifiicante que representaba un compromiso decidido con la renovación social y cultural del país. Esto, por lo demás, no era algo nuevo: como ha demostrado David Cortez, ya desde los años del modernismo la obra de Nietzsche había sido empleada —no sin contradicciones, por cierto— como un valioso instrumento crítico en la lucha contra la hegemonía del positivismo, posibilitando la modernización de nuestras sociedades

nales y discursos emancipatorios de las minorías sociales, que proponen otros modos de hacer productivos los márgenes ‘ilegibles’ de la periferia” (33).

⁶ El contenido concreto de la expresión “pensamiento conservador” irá apareciendo a lo largo del artículo con el desarrollo del argumento, pero creemos útil indicar aquí algunos de sus rasgos más generales con el fin de orientar mejor la lectura. En *El pensamiento conservador en Chile*, Cristi y Ruiz señalan que los esquemas conceptuales que predominan en este corpus intelectual incluyen nociones como continuidad histórica, autoridad y tradición, orden, legitimidad, nación y Estado nacional. En cuanto a sus adversarios, que suelen ser compartidos por sus diferentes representantes, se encuentran el liberalismo y la democracia, así como el socialismo marxista y el totalitarismo. Como el lector podrá ver en lo que sigue, muchos de estos elementos están presentes de forma explícita en la obra de Silva Castro.

en función de la afirmación de contenidos culturales propios (Cortez 73-74). Pero en la boca de De Rokha o del crítico García Oldini, quienes declaran abiertamente su entusiasmo con el rapto dionisiaco, el nombre del filósofo alemán ya no sonaba como lo había hecho algunos años antes en la de Rodó. A la apropiación de las élites letradas de la obra de Nietzsche parecía sucederle ahora una lectura vitalista mucho más enfática y revolucionaria, dispuesta a romper el compromiso de los grupos dominantes con el orden de la letra. Todo esto, creemos, estaba contenido en el irónico epígrafe de Bunster.

Mucho más explícito que la contribución de Bunster es, sin embargo, el artículo que publicó Fernando García Oldini en el número 80, del 2 de diciembre, titulado “A propósito de “Los gemidos” de Pablo de Rokha”. Junto a algunos ataques personales que a esas alturas ya parecían ser parte del tono general de la conversación, el texto de García Oldini vuelve a insistir sobre la gran discusión en curso en torno a *Los gemidos*: la cuestión de la violencia ejercida sobre la letra. Apuntando directamente hacia Silva Castro, a quien llama un “olímpico Gedón”, juez y guerrero de la Biblia, escribe García Oldini:

Estamos ante algo rotunda e integralmente nuevo. Decirle a un hombre que ha roto la gramática, que se descoyunta de risa ante la retórica, que está engendrando una sintáxis de la subconciencia; decirle a este hombre, (trayendo un texto de don Andrés Bello bajo el brazo): —“Ud. escribe mal”— es tan sabio y tan penetrante, como afirmar —tomando de modelo la linda cara anémica de una señorita moderna— que los estupendos modeladores egipcios hicieron “obra fea” al esculpir cual lo esculpieron, el rostro de la Esfinge (2).

En este contexto, la mención de Bello como mentor o modelo imaginario de Silva Castro es relevante. Como en una reedición de la célebre pugna entre Bello y Sarmiento a propósito de la corrección en el uso de la lengua castellana, lo que García Oldini parece sugerir aquí es que Silva Castro pretendía investirse de la autoridad simbólica de Bello para establecer las fronteras entre el decir poético y el decir no poético, entre el uso legítimo de la lengua y su uso aberrante. Es esa posición de juez la que García Oldini quiere impugnar⁷. Por último, tenemos a Aliro Oyarzún, quien publica en el

⁷ Fuera de este ciclo de textos, pero sin duda parte del conjunto de escritos que venían a cuestionar la autoridad de Silva Castro dentro de *Claridad*, en el número 93 de la revista, del 23 de junio de 1923, apareció publicado un artículo titulado “Un crítico nuevo”, de Renato Monestier. Ese “crítico nuevo” era Silva Castro, y el texto es un ataque directo a su labor. Tras llamarlo “paco de la literatura” por creerse capaz de decidir si “acaso mengano es poeta o no, y si fulano fue una promesa y ahora no es nada” (4), Monestier denuncia la contradicción entre la estrategia de impugnación que Silva Castro empleó al comienzo en *Claridad* y la posición de

número 83 de *Claridad*, también del mes de diciembre, una “Carta abierta a Pablo de Rokha”, donde se cuadra de modo entusiasta con el trabajo poético de De Rokha. El texto de Oyarzún, que aquí no podemos revisar en detalle, se cierra con el siguiente mensaje: “Nota: he sabido que el fraile Vaisse, Hernán Díaz, un joven Silva Castro y otros periodistas han escrito sobre su libro. No he leído sus crónicas, pero ¿qué habrá podido decir sobre “Los gemidos” esta pobre buena gente?” (5).

Entre “Crítica y críticos chilenos” de Silva Castro y la “Carta” de Oyarzún se ha cumplido todo un ciclo, y ¡apenas han transcurrido cuatro meses! Nuestro joven crítico ha pasado de ser considerado —¿por alguien más que él mismo?— un impugnador del poder y los valores críticos establecidos a ser visto como un celoso guardián del orden existente. En suma, creemos que Silva Castro participó de la revista *Claridad* de un modo muy problemático. No hay en él un período revolucionario y otro conservador. Lo que sí hubo fue un conservador en el lugar equivocado. La imagen revolucionaria que quiso construir sobre sí mismo nunca llegó a ser validada por sus pares, que no tardaron en darse cuenta de que Silva Castro no comulgaba del todo con el programa de cambios promovido por la revista. Paradójicamente, puede que su paso por *Claridad* haya tenido el efecto de revelar y aun de consolidar su propio conservadurismo. A nuestro juicio, lo que Silva Castro tiene que haber descubierto en esa época era la disonancia entre los ideales políticos que por entonces decía suscribir y los principios valorativos que animaban su práctica crítica⁸. En el origen de su carrera se encuentra

poder que luego buscó consolidar dentro de esta. Para Monestier, el joven crítico era tan parte del circuito cerrado de la letra como los críticos de prestigio a quienes creía venir a destituir: “Cuando principió Silva Castro, principió hablando mal del señor Donoso, del señor Alone y de otros señores. Pero después se puso a hacer lo mismo que estos caballeros habían hecho ya, tal vez con mucho menos vulgaridad: aplicar —para juzgar la belleza, la vida—, un criterio aprendido en libros, reglas escolásticas, etc.” (4). Ahora bien, es importante señalar que la reacción hostil de Monestier y el resto de los críticos de *Claridad* contra Silva Castro en modo alguno impidió que éste fuese conquistando posiciones de poder en otros espacios del campo cultural chileno. Piénsese, por ejemplo, en su cargo como director de la revista *Atenea* entre 1929 y 1931, o en los artículos críticos que escribió para *El Mercurio*, entre muchos otros cargos y empresas culturales.

⁸ En su estudio sobre la combativa inserción de Pablo de Rokha en el campo cultural chileno, Cristián Geisse apunta que los críticos que se mostraron adversos a *Los Gemidos* “en general se alineaban con la oligarquía y que se encontraban delineando un corpus en los que debía prevalecer “el buen gusto”, “las bellas letras” y “lo culto” por sobre lo popular, de acuerdo a lo que las elites ilustradas habían dejado en herencia dentro del campo intelectual” (48). Como mostraremos a continuación, la cercanía que Geisse propone entre críticos como Silva Castro y los parámetros de valoración de la aristocracia es consistente con el explícito giro ideológico que éste daría hacia fines de la década del veinte. Por otra parte, la figura de la “herencia” nos parece útil para entender el modo en que Silva Castro acabaría articulando

ese desfase. De ahí que la segunda mitad de la década del veinte puede ser vista como un período de rectificación ideológica, donde Silva Castro buscó adaptar su credo político a su credo estético. Las contradicciones, sin embargo, no cesarían: más tarde, ya con domicilio en el pensamiento conservador de la época, él mismo seguiría viéndose como una figura modernizadora del campo crítico chileno. Contradicciones, paradojas, desajustes: no parece haber otro modo de referirse a la obra de Silva Castro.

EL GIRO HACIA EL PENSAMIENTO CONSERVADOR

Uno de los textos clave para entender el proceso de rectificación ideológica que proponemos como matriz de sentido para seguir el recorrido de Silva Castro después de *Claridad* es “Paradoja sobre las clases sociales en la literatura”, un artículo relativamente extenso publicado en 1930 en *Atenea*, revista que fue dirigida por el propio Silva Castro entre 1929 y 1931. Se trata, a todas luces, de un texto bisagra; en él aparecen por primera vez una serie de tesis que pertenecen al pensamiento conservador de la época y que hubieran sido impensables dentro del marco ideológico de *Claridad*. En sus páginas creemos detectar una nueva lectura de la sociedad chilena, un modo distinto de interpretar la significación histórica de los diversos agentes y fuerzas que por entonces buscaban redefinir el derrotero del país.

Como indica Luis Bocaz, el signo más visible de la radicalización ideológica que caracterizó a la experiencia intelectual de *Claridad* fue indudablemente la alianza entre el grupo de los estudiantes de clase media y la clase obrera (443). Eran dos sujetos políticos nuevos que habían emergido como parte del proceso de modernización de la sociedad chilena y que traían consigo un programa de cambios que representaba un desafío abierto a las elites y a la distribución de poder que tradicionalmente había imperado en el país. La potencia de renovación de *Claridad* sería del todo inexplicable sin la irrupción de esas nuevas fuerzas dentro del espacio político y social. Pero nada de esto, sorpresivamente, figura en la “Paradoja” de Silva Castro, que procede más bien anulando o neutralizado el poder de transformación de los nuevos actores sociales. En el recuento sociológico que el artículo ofrece, la “clase inferior”, despojada de toda agencia política, es perfilada psicológicamente como una que “se siente sometida y por eso todo le es indiferente” (224). Las revoluciones de las que participa no son más que meras “válvulas de escape”, rituales orgiásticos que le permiten a sus miembros experimentar una libertad ruidosa donde esperan ahogar temporalmente su fatalismo congénito. Son estallidos momentáneos que dejan inalterada la estructura social. Odiada por la clase media y despreciada por la superior, en la visión de Silva

la función de la crítica literaria con los intereses de la aristocracia. Esta idea la retomaremos hacia el final del artículo.

Castro no parece haber otro destino para la clase inferior que sumirse en una desesperación que le sería propia por esencia. Es un caso de explícita *anulación política* de un grupo de la sociedad. Con las clases medias, en cambio, ocurre algo diferente. Silva Castro esconde o deja fuera de la mesa la alianza política entre el ala izquierda de la clase media y el mundo obrero —la clase media, según él, sólo ve en la clase inferior el temor a su propia degradación—, dejando como único objeto de análisis una clase media moderada y cautelosa, cuyo espíritu de avance no sería revolucionario sino reformista. Fue ésta la clase media que consiguió arrebatarse a la aristocracia el poder que había detentado hasta entonces, dice Silva Castro (“Paradoja...” 223n.). Sin embargo, es evidente que esta clase carece de la fuerza espiritual que se requiere para conducir al país; contraria a toda forma de grandeza, sólo en la medianía de acción parece encontrarse en casa:

El hombre de clase media, temeroso de caer, atrapa el hierro, candente a veces, de la honorabilidad. Limita sus necesidades y se hace una especie de segunda naturaleza de la constancia, la abnegación y otras virtudes típicas de su clase [...] Desprovisto de espíritu creador y de fuerzas impositivas, se somete a la rutina que le indican los usos que imita, y lo invade el pánico cuando le parece que empieza a alejarse de ella (“Paradoja...” 226).

La moral estrecha de la clase media es una moral de funcionarios, la expresión de un espíritu burocrático que busca escudarse en los procedimientos como remedio contra la amenaza de cualquier imprevisto. A diferencia de la aristocracia, que “[e]s imperativ[a] en sus gestos y en su voz [y posee] un pulso fuerte y firme que no se halla en el miembro de ninguna otra clase social” (223), la clase media carece por completo de “fuerzas impositivas”, esto es, de las virtudes que exige el ejercicio efectivo del poder. Esto es lo que entendemos por *neutralización*: reconocer la existencia de un sujeto político, pero a la vez negarle toda aptitud para el mando. En opinión de Silva Castro, sólo la aristocracia tiene una relación “natural” con el poder; que las clases medias hayan logrado arrebatárselo es menos un mérito de éstas que un defecto de la propia aristocracia, que no ha sabido estar a la altura de lo que se presenta para ella como un mandato de clase. Sólo es virtuosa aquella clase alta que ejerce con responsabilidad la tarea que le ha sido encomendada por la estructura social.

Pero las tesis sociológicas expuestas por Silva Castro en la “Paradoja” tienen además ciertas consecuencias para el debate literario y cultural de la época. En concordancia con la lectura propuesta por Patrick Barr-Melej en su libro *Reforming Chile: Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class*, Silva Castro concibe la literatura criollista como la expresión cultural por excelencia de las clases medias reformistas, como una “nueva visión de la nación” (Barr-Melej 10) o una nueva manera de plantearse ante la cuestión de lo nacional que —previsiblemente— debía

ser criticada. El desarrollo presente de la literatura chilena, nos dice Silva Castro, está casi en su totalidad en las manos de la clase media, algo grave pues

...estos grupos de mesócratas que se han dedicado al cultivo de la literatura han llevado hasta ella todas sus preocupaciones. Su moral estrecha, su rutinarismo de funcionario, sus minúsculos puntos de vista se reflejan en nuestra literatura [...] Sobre ella pesa la mediocridad del hombre cuya vida entera no es sino mediocridad. El distintivo de esta literatura es su egoísta realismo, y uno de sus perfiles más frecuentes su miedo rastrero a la poesía (“Paradoja...” 228).

Éste, podríamos decir, es un primer sentido en el que la literatura de las clases medias resulta estrecha: como un realismo donde lo real arriesga confundirse con lo insulso, que es la única experiencia de las cosas que puede tener un mesócrata chileno. Pero el criollismo es además estrecho porque en él “sólo en lo particular se ahonda” (“Paradoja...” 220). Faltan aquí las inquietudes espirituales que definen la tesitura de la existencia contemporánea y que son los grandes asuntos del tiempo presente, un cuadro general del hombre que el criollismo no cesa de perder de vista al decidir anteponerle las estrecheces de un círculo acotado de preocupaciones, una voluntaria reducción de nuestro horizonte de experiencia.

Llamo particular al sentimiento o a la idea que se da sólo en ciertas circunstancias: determinado medio, época histórica definida y carácter individual preciso; es decir, lo que siente o puede sentir un hombre aislado, pero no siente otro ni otros. De allí arranca el fatal localismo de nuestra literatura de hoy. Lo curioso es que se ha pretendido hacer de este localismo un mérito. Yo, a riesgo de quedar solo en esta apreciación, entiendo que el localismo es uno de los defectos fundamentales de nuestra literatura, y creo deber de todo escritor combatirlo” (“Paradoja” 221 n.).

El riesgo principal del programa criollista, creía Silva Castro, era el de la soledad. En lugar de interrogar a la circunstancia para hallar la expresión de humanidad que se oculta en ella, la novela criollista parecía ensayar el camino inverso, no logrando más que ocultar al hombre tras el imperio de la circunstancia y la particularidad. Ésta es una posición que Silva Castro suele marcar con bastante fuerza: la nacionalidad no es nunca un punto de llegada, sino un lugar de paso. Toda otra idea sobre lo nacional es mera artificialidad.

En nuestra opinión, una parte importante de las tesis e ideas expuestas por Silva Castro en la “Paradoja” parecen poder ser inscritas en aquello que Renato Cristi ha descrito como la vertiente nacionalista del pensamiento conservador chileno (“Los intelectuales y las ideologías de derecha...” 197). Es probable que la lectura de la obra de Alberto Edwards, quien fuera el principal representante de esta corriente en nuestro

país, haya sido una influencia importante durante los años de rectificación ideológica de Silva Castro, que coinciden con la publicación de *La fronda aristocrática* (1928). Leer la “Paradoja” a través del lente de la obra de Edwards es, fuera de toda duda, un ejercicio fructífero; puestas una al lado de la otra, sus miradas trazan un horizonte común de asuntos y preocupaciones, una interpretación de la realidad política y social del Chile de su tiempo que, sin ser exactamente igual, sí coincide en sus rasgos fundamentales. En uno y otro caso hallamos a la aristocracia como la “única agencia social [...] legítima” (Cristi “El pensamiento conservador...” 146) y la llegada de las clases medias al poder como una suerte de perturbación del curso natural o tradicional de la sociedad chilena. Pero no son sólo las ideas presentes en la “Paradoja” las que nos permiten hablar de una afinidad intelectual entre ambas figuras. En 1933, Silva Castro hizo explícito su interés por el pensamiento de Edwards publicando un homenaje con ocasión del reciente fallecimiento del historiador. El artículo, aparecido en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, de la cual Edwards participaba de manera habitual, prueba sobradamente tanto el conocimiento acabado que Silva Castro poseía de las tesis centrales del pensamiento de éste como su proximidad personal⁹, y desde el inicio se ocupa de hacer notar que se trataba de una “hombre ejemplar y singular” (“Don Alberto Edwards” 6) y que Chile, con su muerte, había perdido “uno de sus mejores intelectuales de todos los tiempos” (5). En sí mismo —más allá de estas vistosas declaraciones y algunos otros pasajes—, el artículo de Silva Castro no es, sin embargo, de particular interés; es un homenaje formal a la vida y obra de Edwards, y en general su tono y su modo de exposición tienden a mantenerse dentro del marco de una intervención de esta naturaleza, sin ensayar otro tipo de operaciones. Aun así, creemos

⁹ Con relación al pensamiento de Edwards, Silva Castro lo resume así: “Reducida a lo esencial, esa doctrina se reduce a la autoridad. El señor Edwards quería que el país fuese gobernado por quienes dispusieran efectivamente de la autoridad, a ejemplo de los grandes gobernantes de otros días. Para él el modelo insuperable de esta autoridad había sido encarnado en Chile por Bulnes y Montt. Ambos presidentes aparecían a sus ojos como los depositarios de la autoridad material y de la autoridad espiritual, es decir, de la fuerza y del prestigio, y la suma de estas dos autoridades constituía para Edwards el sustentáculo indispensable de toda acción gubernativa que aspirara a la duración” (“Don Alberto Edwards” 6). Es importante señalar además que al comienzo del homenaje Silva Castro incluye una nota a pie de página donde comunica que el presente trabajo es apenas el esbozo de un estudio mucho más amplio sobre el pensamiento de Edwards, cuestión que prueba un interés sostenido en la obra de éste. En cuanto a la proximidad personal entre ambos autores, Silva Castro relata que tuvo la oportunidad de comprobar personalmente el espíritu de disputa que desde siempre se le atribuyó a Edwards, pues él, Silva Castro, fue uno de “cuantos lo conocimos en los últimos años de su vida” (“Don Alberto Edwards” 7). Como se puede ver, se trata de un texto que subraya abiertamente el mérito de la persona y obra de Edwards a los ojos de Silva Castro.

que el texto, precisamente por la significación política del gesto, es de altísimo valor a la hora de estudiar la forma que el reperfilamiento ideológico de Silva Castro estaba asumiendo por entonces. En cuanto declaración, nos parece tan elocuente como su alineamiento el año 36 con Mussolini y el corporativismo fascista¹⁰. Es un paso más en el distanciamiento ideológico de los confusos años de *Claridad*.

En la extensa carrera de Silva Castro, hay otro hito crítico que nos parece digno de mención para el estudio de su posición conservadora y el aire de familia que ésta posee con la de Edwards. El año 41, Silva Castro publicó una investigación de largo aliento titulada *Alberto Blest Gana (1830-1920)*, libro que poco antes, el 37, había sido premiado en un concurso organizado por la Universidad de Chile para reconocer a la mejor biografía escrita sobre el novelista chileno. En las páginas que el libro dedica al estudio de *Martín Rivas*, nuestro crítico vuelve a arremeter contra las clases medias, pero esta vez a propósito de la aparición de una “nueva lectura” de la novela que quería ver en ésta una suerte de partida de nacimiento de la clase media chilena, así como el señalamiento del lugar o del papel que a ésta le cabría desempeñar una vez que la aristocracia cediera en su labor de conducción del país (*Alberto Blest Gana* 217). A los ojos de Silva Castro, ésta no era más que una operación políticamente motivada por apropiarse retroactivamente de una obra que en realidad se movía en un terreno social completamente diferente, y él, como crítico, no estaba dispuesto a permitir que la clase media de la época colonizara ese monumento de las letras chilenas del siglo XIX. Pero en concreto, ¿con quiénes, con qué lectores de la clase media pudo haber estado discutiendo? Sin que tengamos en absoluto la certeza de que así sea, creemos posible sugerir que los dardos de Silva Castro estuvieran dirigidos en esta ocasión hacia Domingo Melfi, quien por esos años se encontraba trabajando en sus *Estudios de literatura chilena*, que finalmente aparecerían en 1938. Fuera o no Melfi el blanco de Silva Castro —poco importa—, lo cierto es que su interpretación de *Martín Rivas* representa de manera casi paradigmática la lectura de clase media que éste se sentía en la obligación de rebatir. Leamos a Melfi en extenso:

¿Qué quería hacer Blest Gana con ese tímido héroe de la clase media que hemos visto atravesar una tarde de julio de 1850 el portal de Sierra Bella? [...] Fijaba

¹⁰ La declaración a favor del fascismo es la siguiente: “Yo soy reaccionario, y como tal el movimiento de revolución que se observa en España despierta toda mi simpatía. El Frente Popular ocasiona estas reacciones violentas por su origen comunista y la violencia originaria de su conducta [...] ¿Lecciones para Chile? Naturalmente, las que se divisan hace ya largos años. Los polos ideológicos del mundo no son hoy sino dos: Roma y Moscú. Yo estoy por Roma” (s/n). Por cuestiones de espacio, no podemos explorar en este artículo los vínculos entre la obra de Silva Castro y el fascismo, pero es indudable que un estudio más amplio sobre ésta tendría que hacerse cargo de su cercanía con la corriente corporativista del pensamiento conservador.

en el héroe, desde luego, la cifra y el sello de una clase en formación. Su pupila sagaz había penetrado en la médula de una porción social que estaba destinada, por la evolución histórica, a ser la base de la nacionalidad futura. Martín Rivas había llegado a Valparaíso sobre la cubierta de un buque. Era un joven pobre y tímido, que abandonaba su oscuro rincón de provincia para tentar fortuna en la capital. Es decir, era el símbolo de miles de jóvenes que en la política, en la cátedra o en las profesiones debían transformar más tarde la fisonomía rígida de la sociedad chilena. Recogió, pues, este héroe las aspiraciones y las esperanzas de los espíritus juveniles que en cierto modo, se oponían al hermético círculo del peluconismo. La época de luchas en que vivió Blest Gana, de tanteos y de heroísmos, de nacimiento de las ideas democráticas, de batallas contra la aristocracia conservadora, movieron su pluma para dar vida a este héroe perseverante, tenaz, modesto, que no tenía más arma que su talento personal y que debía vencer los prejuicios de una casta y abrir el hermético corazón de una joven de orgullosa estirpe (“Blest Gana y la sociedad chilena” 33-34).

¿Por qué esta lectura, desde la perspectiva de Silva Castro, es errónea? Fundamentalmente, porque la relación entre la nueva clase media y la aristocracia del siglo XIX era una de *incorporación*, no de *sustitución*. No es ésta una novela que pudiera estar animada por un espíritu de crítica social por parte de Blest Gana por la sencilla razón de no existía en su época una tensión política específica entre una clase y otra. De modo más bien implícito, la lectura de Silva Castro sugiere que el amplio consenso social suscitado entonces por la hegemonía aristocrática hacía imposible que la presencia de Martín Rivas en la casa de don Dámaso encarnase conflictividad social alguna. Su tesis sobre la “incorporación” aparece planteada en los siguientes términos:

En el período en que Blest Gana trazaba su obra, la incorporación de los elementos aptos para el gobierno en la clase gobernante, vinieran ellos de cualquier parte, no había sido un problema, ni motivo de lucha o complejidades de especie alguna. Bastaba con que el individuo mostrara aptitudes reales [...] para que las más altas clases le llamaran a su seno y le confiaran cualquier clase de representación, sin averiguar más (*Alberto Blest Gana* 217).

Creemos que es bastante claro que lo que Silva Castro busca hacer aquí es construir una imagen virtuosa de la aristocracia de la época, ofrecernos la estampa de una clase que, precisamente por reunir a los mejores en la conducción del país, no tiene problemas con incorporar —sin alterar su posición de mando— a los miembros igualmente virtuosos provenientes de otras clases. La tesis del conflicto político, en cambio, parece partir de la base de que una parte de la población cuestionaba las creencias de la aristocracia para ejercer el gobierno. En último término, *Martín Rivas*

no sería —en opinión de Silva Castro— una novela de disenso político sino más bien un medio de refuerzo del saludable *status quo* imperante¹¹.

Esta cruzada a favor de la labor desempeñada por la aristocracia del siglo XIX parece ser una convicción tan arraigada en Silva Castro que incluso un libro tardío como *Estampas y ensayos*, de 1968, escrito en un Chile que estaba *ad portas* de la llegada de Allende al poder, vuelve a insistir sobre ella. En “Oligarquía y democracia” —quedémonos con este ejemplo por ahora—, Silva Castro se propone expresamente defender “la hoy tan condenada, vapuleada y anatemizada oligarquía chilena” (92) del siglo XIX, víctima de las destempladas críticas de los “puntillosos sociólogos contemporáneos” (90). De acuerdo a éste, los numerosos avances que la aristocracia de la época tendría a su haber —el código civil, los ferrocarriles, etc.— son el resultado de haber concebido la modernización como un proceso que debía darse a espaldas del pueblo, quien no debía figurar en éste como sujeto activo sino apenas como un beneficiario cuyos intereses y necesidades habían sido considerados por quienes estaban en el poder. Esto es lo que Silva Castro entiende por oligarquía: un estado natural de cosas, su “cauce normal”, donde son “los más cultos” los que detentan y ejercen el poder en beneficio de la mayoría¹². Afortunadamente, dice, la oligarquía chilena “[n]o creyó conveniente consultar al pueblo ignaro, guiada por un principio muy sabio, pero un tanto olvidado en estos días de adoración a las masas: no es al paciente de un proceso social a quien se debe consultar para graduarlo, disponerlo y ejecutarlo” (91). La sabia lógica que aquí vemos en el plano social, continúa Silva Castro, es análoga a la que uno observa en el ámbito de la educación, donde son siempre los adultos quienes establecen lo que

¹¹ Por cierto, en los próximos años aparecerían otras formas de leer la novela desde un punto de vista político-social. Si Melfi ve en ella un desafío de las clases medias al dominio aristocrático y Silva Castro una defensa de éste, un crítico como Jaime Concha leería en cambio el proceso de conformación de la burguesía nacional en una etapa de prodigioso desarrollo de crecimiento capitalista en Chile (XXV). Concha critica expresamente a Melfi y la imagen de Martín Rivas como “héroe de la clase media”, algo que describe como un “reflejo anacrónico de las nuevas capas medias chilenas” (XXIV). Silva Castro, Melfi, Concha: tres lecturas diferentes para tres programas críticos y políticos diversos.

¹² La fórmula “los más cultos” o la idea de la existencia de un grupo social de mayor cultura es capital para entender el funcionamiento del discurso de Silva Castro. Por ejemplo, en su obra mayor, el *Panorama literario de Chile*, de 1961, señala expresamente que “[l]os autores chilenos, como los de cualquier otra porción del mundo, pertenecen a una élite muy reducida, y no pueden ser, en sustancia, sino portavoces de los sentimientos y de las ideas que se albergan en el seno de ese grupo social, el de cultura más elevada, el cual no aumenta numéricamente en la misma proporción que el conjunto de la población del país” (10). Como se puede ver, en el concepto de literatura que Silva Castro maneja ésta no parece poder ser sino una práctica de elite, un instrumento de expresión de “los más cultos”.

resulta conveniente para la formación de los niños, por mucho que estos “chillen y protesten” (91). Es irónico: si la década del veinte encontró a Silva Castro firmemente apostado del lado de los cambios impulsados por los universitarios, la década del sesenta, época de similar agitación dentro del mundo educativo, lo vio promover una visión del estudiantado mucho más dócil y pasiva ante la autoridad. Poco importaba que los cultos fueran ahora otros, una capa socialmente mucho más heterogénea de lo que fue la aristocracia en el siglo XIX; el modelo de gobierno, de “buen” gobierno, había sido ya fijado por la clase alta durante el siglo anterior. Un país progresa sólo si sabe mantener a los más cultos en la conducción del país. Tal sería la receta, en opinión de Silva Castro, para llevar a cabo un proceso exitoso de modernización. Éste es —creemos— el núcleo de lo que describimos como “modernización conservadora”: una concepción del progreso que rehúsa explícitamente toda forma de redistribución del poder entre la capa de “los más cultos” y la “masa ignara”, generando así un desajuste entre las esferas de la sociedad que efectivamente se transforman gracias a estas políticas de desarrollo y aquellas que permanecen capturadas por algún tipo de cierre elitista, como ocurre —entre otras posibilidades— con la persistencia de la política tradicional o las jerarquías basadas en el estatus (Filgueira et al 32). Si no es ésta, en rigor, una modernidad incompleta en el sentido de Habermas, sin duda podemos decir que se trata de una modernidad coja.

Para dar un cierre a la presente reflexión, revisemos brevemente qué implica para la práctica crítica el hecho de que quien la ejerce suscriba un proceso de modernización de tipo conservador como el que aquí hemos descrito. En principio, creemos que el cambio más visible se encuentra en la función que se le atribuye a la práctica crítica misma, que ahora se situará —como era previsible— a gran distancia de ese contacto renovador entre el crítico y la obra que el Silva Castro de *Claridad* había defendido con tanta vehemencia. En *R.S.C.*, un libro autobiográfico que apareció en 1935, Silva Castro describe la labor del crítico moderno de la siguiente manera:

No olvidemos, también, que el crítico casi no es juez en los días que corren; no le toca pronunciar sentencias; más que juez, es relator de una causa, es fiscal acusador o defensor en un proceso cuyo fallo definitivo corresponde al público ilustrado. Siendo esto así, lo natural es que dé pruebas, ofrezca testimonios e inclusive avance opiniones, a condición que ellas estén cimentadas en una observación delicada y acuciosa. No pretendo nada más que eso. Cuando leo un libro que me deja mala impresión, se me presentan dos caminos: fácil uno y difícil el otro. El primero se reduce a estampar un juicio perentorio: “Este libro está mal”. Pero yo respeto un poco a las gentes cultas; comprendo que mi palabra no baste [...] Adopto, pues, el camino difícil, y antes de formular juicio alguno, acumulo pruebas, indicios, pequeños fragmentos reveladores (Taine),

para que junto conmigo el lector llegue a la misma conclusión a que he llegado o podría llegar yo (56-57).

En este largo pasaje, Silva Castro se representa a sí mismo, en tanto que crítico literario, como el productor especializado —esto es, moderno— de un saber que construye su legitimidad amparándose en el carácter científico de su procedimiento de trabajo. Por el lenguaje aquí empleado —entre otras cosas, se habla de pruebas, testimonios, indicios, observaciones, etc.—, es evidente la influencia de la metodología positivista sobre la concepción del saber manejada por Silva Castro. En un sentido muy moderno, él parecía concebirse como un técnico de los estudios literarios, como un profesional que detentaba una posición que, en razón de las garantías de objetividad que ofrecía, lo separaba del discurso del crítico decimonónico, donde éste hacía de “juez” al confundir el discurso de la crítica con el discurso político o ideológico. Silva Castro, en cambio, era un crítico serio, confiable, riguroso; tal fue la imagen de sí que quiso difundir dentro del campo cultural chileno, aparentemente con bastante fortuna¹³. En este sentido, es indudable que Silva Castro desempeñó una importante labor de modernización para la crítica literaria chilena, contribución que se ve reflejada, entre muchas otras, en su publicación el año 33 de *Estado actual de los métodos de historia literaria*, libro que buscaba “proporcionar a la enseñanza universitaria de la literatura en Chile una herramienta o instrumento de trabajo de que carecía” (10).

Sin embargo, una lectura atenta del pasaje de *R.S.C.* demuestra que el programa modernizador impulsado por Silva Castro se inscribe dentro de un orden de relaciones que en modo alguno es moderno. La figura del crítico especializado que él busca promover forma parte de un circuito de comunicación donde el único interlocutor válido es el “público ilustrado” o, para volver sobre una imagen habitual en él, las “gentes cultas”. El dinamismo que Silva Castro quiso imprimirle al ejercicio crítico no tiene un correlato en el campo social. A diferencia del crítico del XIX, el crítico moderno ya no habla desde el lugar de las clases dominantes, sino que lo hace desde un área de especialidad regida por sus propias reglas y formas del discurso. Pero ese crítico —en la versión de Silva Castro— sólo puede escribir *para* esas clases dominantes,

¹³ El propio Alone, en su *Historia personal de la literatura chilena*, confirma esta imagen de Silva Castro, reconociendo así, implícitamente, el éxito de su estrategia de auto-representación: “Extremadamente laborioso, amigo de la precisión y la exactitud, se documenta concienzudamente y procede, en materia de crítica, conforme a métodos objetivos, basado en cifras y hechos. Así ha escrito gran cantidad de libros muy útiles para la gente de estudio, inapreciables por sus informaciones, siempre fidedignas, dentro de una órbita histórica, conforme al gran método chileno cuya tradición lo orienta” (310).

mediando en el terreno de la literatura a favor de sus intereses¹⁴. Es en este sentido que nos parece necesario resaltar que el positivismo metodológico de Silva Castro se define por el hecho de estar al servicio de un proyecto de modernización conservadora centrado en la defensa de la estructura de poder tradicional. Cristián Geisse, en suma, tenía razón al decir que los críticos que se habían levantado contra *Los gemidos* eran los herederos de ciertos parámetros de valoración aristocráticos. Así como la clase alta del XIX, según la lectura que revisamos, delegó en el diligente Martín Rivas la administración de sus propios intereses, uno podría decir que Silva Castro, otro diligente hombre de la clase media, se vio a sí mismo de la misma manera en el siglo XX, como un representante moderno de los intereses de los grupos dominantes. A fin de cuentas, se trataría —al menos en el imaginario de Silva Castro— de un nuevo caso de “incorporación”.

BIBLIOGRAFÍA

- Alone. *Historia personal de la literatura chilena*. Santiago: Empresa Editora Zig-Zag, 1954.
- Barr-Melej, Patrick. *Reforming Chile: Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001.
- Bocaz, Luis. “La revista *Claridad*: acerca de su significación en la historia cultural de Chile”. *Cahiers du CRICCAL* N°4-5 (1990): 441-460.
- Bunster, Martín. “Formas”. *Claridad* N° 81 (9 de diciembre, 1922): 7.
- Catalán, Gonzalo. “Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920”. *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*. Santiago: Flacso, 1985.
- Concha, Jaime. “Prólogo”. *Martín Rivas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977: IX-XL.
- Cortez, David. “El Dionisos de Nietzsche en América Latina (1900-1925)”. *ARETÉ: Revista de Filosofía* Vol. XXX, N°1 (2018): 71-99.
- Cristi, Renato. “El pensamiento conservador de Alberto Edwards”. *Estudios Públicos*, n°44 (1991): 141-180.

¹⁴ Gonzalo Catalán propone el concepto de “delegación” para pensar este tipo de compromisos entre la crítica literaria y la clase alta en el Chile de comienzos del siglo XX. Según Catalán, cuando la literatura chilena pasó a manos de la clase media como resultado del proceso de modernización social y de autonomización del campo literario, los círculos dirigentes tuvieron que reservarse “resortes e intermediaciones para controlar en algún grado el sentido general del proceso literario” (141), siendo la crítica literaria el principal de ellos. “[L]a propia crítica (literaria) —continúa Catalán— deberá su perfil moderno a ese proceso de delegación y a las nuevas condiciones que supone” (149).

- _____. “Los intelectuales y las ideologías de derecha en el siglo XX”. *Historia política de Chile, 1810-2010. Tomo IV: Intelectuales y pensamiento político*. Eds. Iván Jaksic, Susana Gazmuri. Santiago: FCE, UAI, 2018: 195-224.
- De Rokha, Pablo. “‘Los gemidos’ y Hernán Díaz Arrieta (‘Alone’)”. *Claridad* n° 78 (18 de noviembre, 1922): 2.
- Filgueira, Fernando et al. “Crisis de incorporación en América Latina: límites de la modernización conservadora”. *Perfiles Latinoamericanos* 40 (julio/diciembre 2012): 31-58.
- García Oldini, Fernando. “A propósito de ‘Los gemidos’ de Pablo de Rokha”. *Claridad* n° 80 (2 de diciembre, 1922): 2 y 8.
- Geisse, Cristián. “Algunos aspectos del posicionamiento de Pablo de Rokha en el campo literario chileno”. *Analecta: Revista de Humanidades* 3 (1er sem., 2009): 29-51.
- Melfi, Domingo. “Blest Gana y la sociedad chilena”. *Estudios de literatura chilena*. Santiago: Nascimento, 1938.
- Monestier, Renato. “Un crítico nuevo”. *Claridad* n°93 (23 de junio, 1923): 4.
- Oyarzún, Aliro. “Carta abierta a Pablo de Rokha”. *Claridad* n° 83 (23 de diciembre, 1922): 4-5.
- Prieto, Julio. *La escritura errante: Ilegibilidad y políticas del estilo en Latinoamérica*. Frankfurt am Main: Vervuert; Madrid: Iberoamericana, 2016.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Prólogo de Carlos Monsiváis. Santiago: Tajamar Editores, 2004.
- Silva Castro, Raúl. *Alberto Blest Gana (1830-1920)*. 2da. edición. Santiago: Empresa Editora Zig-Zag, 1955.
- _____. “Anotaciones a la Conferencia sobre Dostoyevski leída por un reputado crítico”. *Claridad* n° 74 (21 de octubre, 1922): 7-8.
- _____. “Anotaciones a ‘Los gemidos’ de Pablo de Rokha”. *Claridad* n° 79 (25 de noviembre, 1922): 3-4.
- _____. “Crítica y críticos chilenos”. *Claridad* n° 68 (9 de septiembre, 1922): 7.
- _____. “Don Alberto Edwards”. *Revista Chilena de Historia y Geografía* LXXIV (enero-abril, 1933): 5-64.
- _____. “Escritores chilenos opinan sobre la revolución española”. *Revista Zig-Zag* (31 de julio de 1936).
- _____. *Estado actual de los métodos de historia literaria*. Santiago: Universidad de Chile, 1933.
- _____. “Libertarios y católicos”. *Claridad* n° 59 (8 de julio, 1922): 6.
- _____. “Los dos conceptos de universidad”. *Claridad* n° 57 (24 de junio, 1922): 3.
- _____. “Oligarquía y democracia”. *Estampas y ensayos*. México: FCE, 1968: 80-94.
- _____. *Panorama literario de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 1961.

_____. “Paradoja sobre las clases sociales en la literatura”. *Atenea* Vol. 7, n° 67 (1930): 214-231.

_____. *R.S.C.* Santiago: Imprenta Universitaria, 1935.

